

Sembrador de Chacareras
DOSSIER - Juan Carlos Chazarreta

Recopilación: Martín Brao
mbrao@elliberal.com.ar



En un imperdible dossier, Viceversa les ofrece a sus lectores en la edición de hoy un emotivo homenaje a Juan Carlos “Canqui” Chazarreta, compositor, autor y bailarín; a días de conmemorarse el segundo aniversario de su fallecimiento.

Compañero y amigo entrañable del gran Mario Arnedo Gallo, juntos compusieron “La vuelta del santiagueño”. Además es autor, en letra y música de “Esquina al campo”, “Zambita del músico”; distinguidas en los años 1965 y 1969, respectivamente, como las canciones más cantadas del Festival Nacional de Cosquín (Córdoba). Precisamente la zamba “Esquina al campo” está dedicada a la esquina de las calles Jujuy y La Plata, de la capital santiagueña, a la que definió con mucho acierto como “refugio de músicos”.

“El Canqui” fue conocido musicalmente por su apelativo que recuerda al conocido líder indígena Túpac Amaru (Gabriel Cándor Canqui). Chazarreta estuvo casado con Ana María Monasterio. Tuvo cuatro hijos: Marcelo (fallecido siendo pequeño); Martín, arquitecto y vive actualmente en España; Mariana, que vive en Buenos Aires y Juan Manuel, residente en Mar del Plata, quien heredó de su padre la pasión por la música, la poesía y es hoy un destacado cantautor. En este sentido tributo, escriben sus hijos Martín y Juan Manuel, Carlos Mariano Paz, Jorge Vehils y Blanca Macedo de Gómez; además presentamos textos inéditos del compositor santiagueño.

Semblanza de un soñador

Analizar literariamente la creación de Juan Carlos Chazarreta significa un desafío y un compromiso. Lo primero porque valorar, juzgar la producción de un “hacedor” es lograr el delicado equilibrio entre temperamento, carácter y personalidad y creo que para él vale lo que se decía de Federico García Lorca “...al noble Canqui de la tristeza, al hombre de la soledad y de la pasión, que en el vértigo de su vida de triunfos difícilmente podría adivinarse...”

Él es un poeta por naturaleza, y por vocación. Habla desde el corazón, a un mundo inmenso de almas sedientas. Sin saberlo a conciencia pero presintiéndolo como propio, su creación comienza incursionando en lo folclórico, allí donde vive el alma del pueblo, y lo construye a lo muy señor y a lo muy pueblo. Adquiere mayoría de edad porque tiene estilo. Y así desfilan típicas imágenes de Santiago del Estero, definidas en composiciones como “Zambita del Musiquero”, “Esquina al campo”, “Don Martín”, “Canta, Cantaranas”, etc., etc., donde el quichua, el dulce idioma no está ausente, y que son como verdaderas acuarelas, su grosor es fuerte y el color muy empapado en el texto, a momento son tonos desvaídos, como una niebla, en que van modelando figuras, palabras que, en versos transparentes vuelca toda la angustia de su corazón. Cualidades de su métrica son la finura, movilidad, interpretación de las fibras más sutiles de una creación armónica. Utiliza la metáfora, conquistando la imagen poética, a la que maneja con habilidad y maestría tal vez por aquello de que “sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo...” Juega con el sustantivo y el adjetivo como si conociera en esencia el valor intrínseco de cada uno. Los utiliza casi como un docto y los saborea con ocurre con un buen vino, de los primeros tragos a la voracidad, y como el vino arrastra. Y allí queda como testimonio un caudal inconmensurable de poemas, cantares, sonetos, estribillos, decires, que no sólo agradan en su contenido, sino en el ritmo cadencioso de sus versos. Y él, Canqui Chazarreta, sigue soñando caminos... l



**“Un modo de cantar”
Por Carlos Mariano Paz**

**Una guitarra, un bombo y ese vino
que calienta la sangre por la espera,
una voz que va quebrando en la garganta
cuando entona chacareras supayeras.**

**Un modo de cantar que va diciendo
que la pena que lleva lo lastima,
rebrotando entre el son de las bordonas
de su zamba que cantó para “una esquina”.**

**Caminante si llegas a Santiago
no pretendas escuchar en cualquier parte
deja pues que te lleven a su noche
los senderos de esperanzas que él comparte.**

**Que el Canqui Chazarreta está aguardando
que se vuelvan vida sus pesares
y la música ahogue sus reproches
en ¡remolinos de amigos y cantares**



Una pequeña copa de papel plateado

Por Martín Chazarreta*

Es curiosa la memoria de uno... Con la edad voy notando su merma. Me he esforzado por recordar y he sentido impotencia al no conseguirlo. Me doy cuenta de que al mirar hacia atrás encuentro períodos enteros de los cuales ya no tengo control para establecer la correcta cronología de los hechos. A menudo debo deducir, debo calcular para sólo aproximarme a algo concreto. Si me preguntan: ¿Qué estaba usted haciendo el día 2 de abril de 1992? ¿Quizá acaso por la mañana? Pensaría: sí, ya vivía en este país y estaba trabajando en... ¿dónde estaba yo trabajando ese día? Muy complicado, tendría que consultar en mis resúmenes de Hacienda y no, en el 92 no tenía aún las fotos ordenadas por fecha. No sé... me molesta.

Sin embargo, el otro día me acordé por alguna fortuita asociación de ideas, de un programa de televisión muy antiguo, de cuando yo era niño. Busqué en YouTube y allí encontré esas imágenes que para mi sorpresa estaban en blanco y negro, y aunque no tenían buena calidad y el sonido se entrecortaba, la música y hasta el tono de voz de los personajes secundarios me resultaba familiar. Me di cuenta de que podía recitar, incluso adelantarme a los diálogos, a los jingles. Allí estaba todo, y ese todo estaba en mi cabeza. Estaba fresco, intacto, incorrupto. Todo estaba claro y completo. Me dije: ¿cómo es posible? Pensé en aquello de la memoria selectiva, pero esos conceptos se desvirtuaban solos porque no atinaba a comprender el porqué la cara de ese personaje intrascendente de la tele sí, y no en cambio la cara, o mejor dicho, el cuerpo trascendente de aquella antigua novia que hoy me encantaría rememorar y no hay caso.

Hace unos días llevaba a mi hija mayor a clase de inglés por la tarde. Carolina, la menor y yo teníamos que hacer tiempo hasta que terminara. Paseábamos y nos detuvimos frente a una tienda de chuches. Nunca había entrado allí antes, no suelo comprarles golosinas. Las chuches, o al menos estas chuches, no pertenecen a mi imaginario personal. En mi historia, no se parecen a las golosinas que alguna vez yo compré cerca de mi escuela.

Caro se sirvió unos pistachos en una bolsa de plástico transparente. Tiene cuatro años y ya conoce a la perfección la liturgia de este extraño establecimiento, donde los clientes son todos enanos y además pagan con pequeñas monedas de céntimos. Yo observaba desde la puerta, y me llamó la atención la manera en que las mercancías estaban expuestas. Todas con sus formas extrañas y colores chillones. Al

recorrer los estantes con la mirada, de pronto descubrí algo con lo que no contaba. Algo que sí me resultaba familiar, creo que incluso muy familiar para mí, en medio de aquel universo tan ajeno.

En ese estante había una caja de alfajores Havanna.

La caja estaba abierta e incompleta y deduje que los alfajores se vendían por unidad. No es la primera vez que compro un alfajor Havanna en Madrid, ya hay varios sitios donde se pueden conseguir. Son caros e incomprensibles para un europeo medio. Nadie es capaz de asociar alfajores con golosinas y aunque parezca increíble, no a todo el mundo de por aquí le gusta el dulce de leche.

Entonces, sin dudar estiré la mano y me hice con un alfajor Havanna de dulce de leche.

El solo hecho de tocar el envoltorio de papel de plata ya me produjo una sensación que podría describir como si me estuviese reencontrando con algo que me pertenecía y que había estado extraviado por mucho tiempo. Algo... ¿familiar?

La acción de abrir y desplegar el papel, acomodándolo para sujetar su contenido antes de atacarlo, me produjo tanto placer como el posterior bocado que realicé muy lentamente.

Ya de vuelta, caminábamos hacia la cafetería y yo lo hacía pensando en la cantidad de esos alfajores que comí en el pasado. Recordaba que siempre lo hice levitando, exactamente como lo estaba haciendo en ese momento. Sujeté más fuertemente la mano de mi hija cuando me vino a la cabeza la imagen de mi padre comprándolos sueltos a la salida del cine, la posterior caminata... los dos flotando en silencio, saboreándolos... Siempre fue sublime. Y quizá por lo efímero, más sublime aún...

Esporádicos o no, los alfajores Havanna, y más en particular los del envoltorio plateado, los de dulce de leche con cobertura blanca de merengue y azúcar impalpable eran mis favoritos. Siempre estuvieron muy unidos a una larga etapa de mi vida familiar. Al menos, a esa idealización de vida familiar que cada uno tiene de la propia.

Nos sentamos a esperar en una mesa de la cafetería. Carolina jugaba con las cáscaras de pistacho y yo, aún con el regusto del dulce de leche en mi paladar, lo hacía con una bolita de papel plateado de un envoltorio de alfajor marplatense que ya era historia otra vez.

Es curiosa la memoria de uno... Yo ya había jugueteado antes con esa bolita. Y cuando alguna vez lo hice, tampoco tenía prisa. Abrí la bolita y la desplegué de nuevo...

El papel metálico plateado tenía por su interior una capa de papel encerado que servía para proteger el alfajor. Recordé que ambas capas de papel podían despegarse si se realizaba con mucho cuidado y cierta maña. Muchos años después y pese a todos los adelantos tecnológicos

de la vida moderna, el papel de mi alfajor se podía despegar aún de igual manera.

A ello me aboqué en los siguientes minutos ante la indiferencia de mi hija. Sin sorprenderme en absoluto comencé a desarrollar un minucioso proceso para el que yo, imprevistamente ya estaba preparado. Sabía exactamente lo que tenía que hacer con esos papeles. Los despegué con sumo cuidado, plegué la parte del papel encerado para hacer un tampón con el que comencé a planchar la parte metálica plateada. Se trataba de que ésta quedase sin arrugas, muy lisa y perfectamente desplegada. Luego, con cuidado, se enrollaba formando un cilindro con el diámetro de un dedo. Con ese dedo introducido se daba forma al cáliz, a continuación se estrangulaba el cilindro por debajo de éste para configurar el fuste. En ese momento fue cuando pude ver nítidamente sus manos, siempre admiré esas manos... Él lo hacía con gran destreza, luego corregía la posición de mis dedos para que éstos pudieran conseguir el mismo resultado.

Pude recordar incluso el calor en el tono de su voz cuando me describía el proceso con tanta paciencia, y eso me produjo una sensación de honda ternura...

La base tenía sus secretos, y él me los confiaba con actitud cómplice, porque ésta debía quedar perfectamente circular y yo así lo estaba haciendo, minuciosamente, siguiendo sus precisas instrucciones transmitidas 40 años atrás, paso por paso.

Sí, es curiosa la memoria de uno... En otra cafetería muy lejana en el espacio y en el tiempo, yo moldeaba ahora una hoja de papel metalizado para realizar una pequeña copa plateada sabiendo que no me supondría dificultad alguna.

He discutido mucho con mi padre, y lamento que por esos conflictos generacionales tan inevitables nos hayamos evitado demasiadas conversaciones. Sin embargo, su sustancial legado, en contra de lo previsto por él, curiosamente no me llega desde sus palabras preparadas para mí, ni siquiera desde sus versos y su música dedicados a muchos otros. Las cosas que más admiro en él me llegan en forma de colección de entrañables momentos fugaces que la memoria me va filtrando a su antojo, misteriosamente racionados y liberados de improvisado para poder ser asimilados, para poder ser masticados lentamente como mi alfajor...

Cuando acabé con la copa, se la enseñé a Carolina, quien la miró intrigada. Me preguntó si era para beber y le expliqué que era una copa, tal vez un trofeo. Con mucho cuidado vertió un poco de agua dentro. La copita se resistió un momento y lentamente comenzó a perder el líquido por algún pliegue interior. Ella y yo nos quedamos unos segundos observando la escena en silencio, hipnotizados...

Seguro que mi padre nunca fue consciente de lo trascendente de su contribución cuando jugaba conmigo en aquel otro momento. Ya me gustaría a mí saber cuál de mis gestos será el aporte más efectivo para con mis hijas. Incluso saber en qué momento producirá en cada una de ellas su retardado efecto. No, no creo que lo sepa nunca, pero tengo la leve sospecha de que corro con alguna ventaja. El agua derramada formó un charquito alrededor de la base de la copa. Yo intenté torpemente secarlo con unas servilletas de papel. Y mientras lo hacía, pude ver que Carolina me obsequiaba con una sonrisa que al menos para mí, y en ese preciso momento, denotaba una íntima complicidad, algo que me resultó gratamente... familiar.. l

- **Hijo de Canqui Chazarreta. Desde Torrelodones, Madrid. Abril de 2008**

**“Cuando evoco al autor recuerdo su voz y su guitarra”
Por Jorge Vehils***

Prologar el libro de Canqui Chazarreta se me antoja una actividad inédita e imprevista, ya que cuando evoco al autor recuerdo su voz y su guitarra, entrañables ambas y tan asociadas con recuerdos y amigos. La letra de molde fija esa memoria y le confiere el amparo de los anaqueles perdurables, aún por fortuna no barridos por los asfixiantes dictados de la informática. En buena hora pues, este libro de Canqui, poeta, músico, conferencista, viajero, amigo.

En buena hora poder leer sus poemas y sus canciones, las suyas o las que escribió asociado con nombres tan recordables y prestigiosos como los que el lector descubrirá en estas páginas. No reiteraré aquí esa enumeración de nombres relevantes, con la sola excepción de don Mario Arnedo Gallo -autor con Canqui de la inolvidable “Vuelta del Santiagueño”- por su bien ganada condición patriarcal... y por una amistad que confundo con mis primeros titubeos de admiración por nuestro folclore.

Ya han saltado a las páginas del libro las canciones que Canqui nos entregara en tantas veladas, junto al bombo del “Gringo” Bravo Zamora o al de los Paz. Recuerdo una noche, una noche admirable de Santiago del Estero, en una suerte de azotea transfigurada en salón de música; creo que allí, hace no pocos años, descubrí a Canqui, cuya obra más difundida me era ciertamente conocida. ¿Alguna predilección personal? Son tantas las canciones que me gustan... tal vez me incline por el sabor irresistible de “Esquina al campo”, el lugar de encuentro de los musiqueros hace 100 años, en tiempos del “Carrito verde”, otra pequeña joya nostálgica, cuando en Buenos Aires casi no

sospechaba la riqueza musical de aquellos pagos, introducida pocas décadas después en la gran ciudad por otro Chazarreta ilustre, don Andrés.

Pienso que debería estimularse la difusión de de la zamba que Canqui escribiera con mi amigo riojano Ramón Navarro: “De un mismo sentir” es, en efecto, un canto a un país solidario, un canto para levantar la hipoteca de la historia. Allí está, en innumerables partituras y grabaciones, la “Zamba de Vargas”, magnífica aún resplandeciente, pero historia al fin. “De un mismo sentir” debe hoy alcanzar hoy también un mismo sitio.

Creo que el mayor conocimiento que este libro ha de facilitar de la obra cimera de Juan Carlos Chazarreta puede ser beneficiosa para acercarla hacia lectores jóvenes que están disfrutando lo que hoy llaman “Renacimiento del folklore” (¿cual habrá sido la Edad Media?), ya que a nada prohíbe que a los veinte años se revoleen ponchos, a esa edad se puede gozar con toda pasión de lo genuino, de lo que ha brotado del sereno manantial de las generaciones.

Valiosos también los ensayos firmados por “El Monitor”, ahí está el sagaz observador, el reflexivo comentarista de temas musicales... y otros. (Qué ganas de polemizar contigo, Canqui, a propósito de tus conmovedoras cartas a tus hijos en la dolorosa circunstancia malvinera del 82. No es ésta la ocasión y además lo haremos pronto y no en las doctas tribunas del tedio, sino ante la mesa de uno de esos bares que nos gustan, en uno de esos menospreciados “debates de café”, muchos de los cuales si se hubieran grabado, serían mejor reflejo del pensamiento y convicciones íntimas de los partícipes que sus prolijos textos corregidos)

Un último recuerdo personal: la presentación de Canqui Chazarreta en la sala gótica del “Hotel du Ville” en la famosa Grand Place de Bruselas, a fines de 1995.

Allí, junto al tanguero dúo belga-argentino Perdaens-Trainé (éste también de Raíces santiagueñas), a Omar Berruti, folclorista de largo arraigo en Madrid y a “Canto Libre” un excelente grupo veneciano entusiasta de nuestra música, presentó en la embajada de nuestro país un espectáculo llamado “Canción del Sur”. Canqui acababa de llegar de las riberas del río Dulce y aún le estremecía el decembrino frío del Brabante, pero sus cálidas canciones gustaron muchísimo y así, como una expresión muy auténtica, lo señalaron los periodistas, el público estaba encantado con el canto y los comentarios del viajero santiagueño, pero... algunos papeles colocados por Canqui en un atril se cayeron y se esparcieron por el escenario, mientras lo recogían, el poeta salteño y conductor del acto, el “Teuco” Casilla, proclamaba, para regocijo del auditorio, incluido el protagonista-víctima, que las

canciones de Canqui “habían caído muy mal”. Lo real fue que cayeron muy bien y que su paso por Bélgica nos supo a poco.

Este prólogo que concluyo ha sido una actividad imprevista pero honrosa, me siento como integrado a esa legión de “corazones de mistol” como Canqui los llama y deseoso tras esta lectura de gozar del próximo libro, de ése que creo ya se está escribiendo, mientras esta recopilación de canciones, poemas y ensayos se va abriendo camino en las imprentas, hasta que tengamos la voluntad de recorrerla, “del brazo con la noche...”, alumbrados por recuerdos y esperanzas. l

* Prólogo para el libro “La ruta redonda” de Canqui Chazarreta. Buenos Aires, enero de 1996.



“Liminares”

Por Juan Carlos Canqui Chazarreta*

Y bien: aquí “estoy”, y aquí “soy”.

Llego a ustedes en cierta forma por vez primera, estructurado en libro y con un patrimonio y bagaje culturales a cuestas fundamentado en el conocimiento de “un poco de mucho, y un mucho tal voz de poco”.

Acrisolado, como así también sazonado, a lo largo de un dilatado espacio raigal -iluminado a la vez- por una identificación con lo de uno, su gente y su autoctonía.

Muchos de ustedes saben muy bien que provengo de un fondo y “mismidad” telúrica que llega hasta los basamentos de una milenaria cultura, como lo testimonia nuestro acervo santiagueño que cuenta con un amplio y agraz contenido, tanto en lo etnográfico como en lo

etnológico; o bien expresado en buen romance: “un pueblo que donde sembró endechas, hubo de cosechar una copla”.

¿Que por qué escribo? Según Norman Mailer (el novelista norteamericano), ésta constituye para muchos una pregunta cuasi “maldita”. Pero bien, escribir, considero, es un acto íntimo y profundo que se oficia a solas, sumergido en un singular murmullo creativo; y si consideramos la naturaleza propia del escritor, no habrá razón ni sinrazón que pueda auscultarlo en ese sentido.

En síntesis: escribimos para responder a un premonitorio destino, o bien expresado de manera algo más vigente: escribimos para coincidir con nuestro “código genético”.

En lo referente a publicar, bueno, eso ya es harina de otro costal. Ahí salimos a la arena, a otra dimensión, al contacto con el “otro”.

Buscamos y nos remitimos a la consideración plural.

Por sobre los aspectos de tipo pragmáticos, que por cierto rodean y condicionan a éste trámite de apertura literaria (publicar), la más auténtica espiritualidad de nuestras intenciones, ya sean éstas mediatas o inmediatas, son rescatadas por alguien más que autorizado en este singular plano; un notable del pensamiento como Nietzsche, cuando sostiene: “En este paso de dar a publicación, un verdadero escritor, da su palabra a la pasión y a la experiencia del otro”. Y qué hermoso suena eso de “dar su palabra a otro”. Para que sus experiencias no sufran el olvido, ni sus palabras el silencio. |

*** Extracto inédito del libro “La ruta redonda”**